

ofrecían bastantes abrigos para que las tropas, quebrantadas por el combate, pudieran reorganizarse para intentar nuevos esfuerzos. A los campos cultivados sucedían los bosques, como el de los Genivaux, el de la Cusse, el de Pierrot y de Saint-Marcel y, por último, el de Tronville. Las aldeas ofrecían singulares contrastes: unas, como Habonville y Verneville, estaban escondidas entre los árboles; otras, como Amanvillers, aparecían al descubierto; y otras, como Saint-Privat, constituían verdaderas posiciones militares. La palabra meseta no era del todo exacta, pues lo que como tal se designaba tenía sus puntos culminantes, como el *Point-du-Jour*, encima de Rozerieulles, la *Malmaison*, cerca de Gravelotte, y los picos áridos de Rezonville; y además hallábase cortada por barrancos, como los que, remontando desde Ars ó de Gorze, seguían mostrando sus hondonadas en las alturas, y los de *Grisières* y del *Fond-de-la-Cuve*, entre Mars-la-Tour y Bruville, en los cuales nuestros soldados, casi fugitivos, habían de creer, durante un momento fugaz, que al fin sería suya la victoria.

Por aquellas vertientes y al través de aquellos caminos habían de avanzar las tropas francesas en la jornada del 15. Las divisiones de caballería de Du Barail y de Fortón, acampadas desde el 10 de agosto la una en el Ban-Saint-Martin y la otra en Montigny-les-Metz, habían levantado la víspera sus vivaques, y precediendo á gran distancia al resto del ejército, llegaron muy temprano la primera á Doncourt y la segunda á Mars-la-Tour. El 2.º cuerpo salió por la mañana de Rozerieulles y á las diez llegó á Rezonville, extendiéndose al Sur de la calzada de Verdún y hasta la salida de los bosques. Al Norte de la carretera situóse el 6.º cuerpo, que prolongó sus acantonamientos en dirección á Saint-Marcel. La Guardia, que se había quedado algo atrás, se distribuyó entre la granja de Moscou y Gravelotte. Eran aquellas unas etapas muy cortas y una marcha muy lenta para unas circunstancias en que el éxito consistía en no perder ni una hora; pero entonces se expiaban los errores generales del mando supremo que no había reconocido ni aprovechado todos los caminos que partían de Metz, que no había apresurado bastante la construcción ó reparación de los puentes y que además no había limitado bastante los bagajes á lo más estrictamente necesario. En el entretanto, las dificultades, ya muy grandes para los cuerpos primeramente puestos en movimiento, se transformaban en confusión inextricable para los que habiendo tomado parte en el combate de Borny, no habían pasado el Mosela hasta después de la batalla.

A la salida de Metz, cruzáronse y amontonáronse desde por la mañana en una obstrucción indescriptible los cuerpos 3.º y 4.º, y Lebœuf, nombrado comandante del 3.º en reemplazo del general Decaen, acabó por utilizar uno de los caminos vecinales, el que sube por el barranco de Chatel; pero, á pesar de esta derogación de la orden general, sólo dos divisiones, la de Naylor (1) y la de Montaudón, consiguieron realizar la etapa, acampando á las seis de la tarde en Verneville. De las otras dos divisiones, la de Aymard (2) sólo pudo recorrer algunos kilómetros y la de Metman, cogida en

(1) El general Naylor reemplazaba al general Castagny, herido en Borny.

(2) Antes división Decaen.

medio de las columnas de bagajes, se vió obligada á detenerse muy cerca de la ciudad. En cuanto al 4.º cuerpo que había de llegar en la tarde del 15 á Doncourt, permaneció todo el día entre Metz y Woippy. Estas intermitencias parciales engendraban una confusión inmensa, porque ¿cómo apresurar la marcha de Frossard, de Canrobert y de Bourbaki, cuando los cuerpos de Lebœuf y de Ladmirault no lograban salir del laberinto formado en las inmediaciones de Metz?

Los prusianos continuaban su movimiento envolvente, y si es justo reconocer su habilidad, es aún más conveniente admirar su fortuna. Según el parecer de los jueces más autorizados, no habría sido imposible sorprenderlos el día 13 en su marcha, cuando sus cuerpos estaban demasiado espaciados para apoyarse unos á otros; mas una vez pasado este peligro, nuestros enemigos respiraron, y el 14 la Guardia llegó á Dieulouard y el X.º cuerpo se concentró en Pont-à-Mousson, en donde Federico Carlos instaló su cuartel general. Estaban los prusianos tocando ya al Mosela, y los hulanos y los dragones, que habían cobrado gran osadía, avanzaron hacia el Sur, se dirigieron desde Dieulouard á Villers-en-Haye, llegaron á Frouard y se aventuraron hasta las murallas de Toul. El mismo día la 5.ª división de caballería se extendió al Oeste hacia Thiaucourt y Beney, y finalmente, por la tarde, algunas patrullas, desviándose hacia el Noroeste, se presentaron en la aldea de Buxieres, situada á seis ó siete kilómetros de la carretera de Verdún (3).

Aquella jornada del 14 había sido la de Borny. El combate retrasaba veinticuatro horas nuestra retirada, y este fué el fruto que de la batalla recogieron los prusianos. El 15, desde el amanecer, los exploradores enemigos llegaron en sus reconocimientos hasta cerca de Metz, y, á pesar de una espesa niebla que cubría las orillas del Mosela y del Seille, reconocieron las huellas de campamentos abandonados. Poco después, el rey, que venía de Hemy, se dirigió al teatro de la acción. Disipadas las brumas, las exploraciones podían ser más seguras, y efectivamente, desde las colinas distinguíanse más allá de Metz nubes de polvo que revelaban la marcha de largas columnas que se encaminaban hacia el Oeste (4). Pareciendo ya cierta la retirada francesa, no faltaba más que llevar apresuradamente todo el ejército hacia la orilla izquierda del Mosela.

No tardaron los prusianos en hacerlo así: el X.º cuerpo concentrado en Pont-à-Mousson, avanzó al otro lado del río, y la Guardia, que se encontraba en Dieulouard, efectuó asimismo el paso de éste y destacó una de sus divisiones hasta Villers-en-Haye y su vanguardia hasta Roziere. Tales fueron los movimientos del ala izquierda. El ala derecha del II.º ejército había hasta entonces permanecido un poco atrás á fin de apoyar, en caso necesario, las tropas de Steinmetz; pero desde aquel momento pareció superflua aquella prudencia y á las once de la mañana Moltke telegrafió al príncipe Federico Carlos: «Los tres cuerpos de vuestra ala derecha (III.º, IX.º y XII.º) están desde ahora enteramente á vuestra disposición (5).» El IX.º cuerpo llegó á Ver-

(3) *Le guerre franco-allemande*, tomo I, págs. 441-442.

(4) *Idem*, pág. 497.

(5) *Correspondance militaire du marechal de Moltke*, tomo I, página 289.

ny y el XII.º á Nomeny; en cuanto al III.º, su jefe, el general Alvensleben II, no se había resignado á esperar los acontecimientos, y al tener noticia de los sucesos de la víspera, no había podido contener su fogosa impaciencia y había dicho con alegre ardimiento á su jefe de Estado mayor: «Nos ponemos en marcha.» Por la mañana telegrafió, desde su cuartel general de Allemont, al mariscal Moltke y al príncipe Federico Carlos: «A juzgar por los resultados del combate de ayer, es poco probable que el enemigo piense aún en tomar la ofensiva en la orilla derecha... Por otra parte, el cuerpo de ejército no tiene ninguna necesidad de descanso.» Y luego añadía: «Me propongo, en su consecuencia, pasar hoy el Mosela...» Tanto apresuramiento no dejó de sorprender al propio príncipe Federico Carlos; pero el ardor del general Alvensleben triunfó de todo, y por la tarde el III.º cuerpo llegó con una de sus divisiones á Noveant y con otra á Champey, y aun envió algunos destacamentos á Gorze, es decir, á seis kilómetros de Rezonville.

Los alemanes casi tocaban aquella carretera de Verdún por donde el ejército francés se retiraba, y en aquel día 15 las vanguardias se pusieron en contacto. La 5.ª división de caballería prusiana, que se había adelantado mucho, había enviado por la mañana, en la dirección de Tronville y de Mars-la-Tour, la brigada Redern con las baterías montadas; aquellos sitios eran precisamente los que acababa de ocupar la división Fortón, y las artillerías de ambas divisiones rompieron un cañoneo más ruidoso que mortífero, que duró una hora. En aquel momento la brigada Redern estaba sola; el general Fortón, por el contrario, disponía de toda su división y además acudía en su ayuda, desde Doncourt, el general Du Barail con sus cazadores de Africa, y no estaba lejos la caballería del 2.º cuerpo. Tal vez un ataque pronto y resuelto hubiera desembarazado completamente la zona de marcha, pero tal operación ni siquiera se intentó. Al ruido del cañón no tardaron en acercarse las demás brigadas enemigas: á las dos, la 5.ª división prusiana había reunido todas sus fuerzas, es decir, treinta y cuatro escuadrones, y por consiguiente había pasado el momento oportuno. El general Fortón, considerándose entonces poco seguro en Mars-la-Tour, retrocedió algo hacia Vionville.

Mientras el ejército prusiano evolucionaba en torno nuestro, nuestras columnas continuaban aglomerándose en los caminos demasiado estrechos, y la caballería había pasado ya Vionville cuando aún se estrujaban á la salida de Metz los últimos regimientos. Esta confusión era la imagen de la que en el mando supremo reinaba: en efecto, cuando el ejército volvía los ojos á los que le guiaban, se encontraba con dos hombres, el emperador, que, habiendo abdicado todo poder, vacilaba en partir, y el mariscal Bazaine que, después de haber concentrado en sí toda autoridad, titubeaba en ejercerla resueltamente.

Napoleón, á poco de haber salido de Metz, interrumpió su marcha, deteniéndose, en parte por perplejidad y en parte por cansancio, en Longeville, en donde había tenido noticia del combate de Borny. Esta batalla, para quienes sólo veían las apariencias de las cosas, había sido una victoria, y por ella había el emperador felicitado al mariscal. Al día siguiente y marchando por

atajos, tan grande era la aglomeración, llegó á Gravelotte y allí hizo nuevamente alto. ¿Se alejaría definitivamente? No sabía qué decidir. Varias órdenes equívocas y sucesivas dispusieron que se cargaran los equipajes y se prepararan los coches; pero al fin el soberano no se movió y por delante de la posada en donde se albergaba desfilaban los soldados silenciosos ó murmurando contra la pompa poco militar de los trenes imperiales. El príncipe imperial iba de un lado á otro interrogando á los oficiales y tratando, con su mirada de adolescente, de penetrar hasta el fondo de las almas; en cuanto al príncipe Napoleón, á quien la casualidad había llevado en medio de aquella tormenta, leía. Aquel día 15 de



El príncipe Napoleón

agosto era día de fiesta, y algunos leales cogieron algunas flores y se las ofrecieron al soberano en testimonio de afecto y de deseo de mejor fortuna. De nuevo se suscitó la cuestión de la partida, discutiéndose cuál camino se seguiría, si el de Mars-la-Tour ó el de Etain, y qué tropas constituirían la escolta; y, sin embargo, la inmovilidad se prolongaba, pues el desdichado príncipe comprendía que si no podía permanecer entre el ejército como general, no podría tampoco mantenerse mucho más en París como soberano.

También Bazaine se hallaba perplejo á su manera, y en esto estribaba otro peligro muy distinto. De mala gana realizaba el movimiento sobre Verdún, y las frases pronunciadas entonces por él y repetidas más tarde atestiguan sus repugnancias: á uno le decía que, si fuese libre, no retrocedería sobre el Mosa; á otro le hablaba de llevar á cabo una incursión por el lado de Pont-à-Mousson (1). En el momento de perder de vista la plaza de Metz que era su punto de apoyo, sentía una especie de vértigo, como un equilibrista de mediana experiencia en el instante de abandonar el balancín. En su espíritu habíanse grabado, según parece, ciertas recientes confidencias del emperador, quien, en una conferencia que con él tuvo la noche antes, hablóle dado á entender que estaba en negociaciones con Italia y con

(1) *Procès Bazaine*, audiencia del 24 de octubre de 1873.

Austria y que era preciso evitar á toda costa los grandes riesgos y no comprometer con una derrota militar las probabilidades de una inteligencia diplomática (1). Esta indicación, que habría sido prudente en circunstancias ordinarias, era poco juiciosa en unos momentos en que, estando como estaban muy mal parados nuestros asuntos, la verdadera prudencia consistía en mostrarse osado; y sobre todo aquel parecer resultaba inoportuno tratándose de Bazaine, ya de suyo harto inclinado á vacilar. Esto engendró un aumento de confusión y, en la imposibilidad de dominar cosas tan magnas, fué causa de órdenes incompletas ó voluntariamente equívocas que habían de confiar la decisión al azar. Los partes del general Frossard, como también los del mariscal Canrobert, comunicaron al comandante en jefe la noticia de que seguramente no se pasaría el siguiente día sin combate (2); pero el mariscal ni aun en presencia de estos informes dictó orden alguna para ocupar fuertemente los desfiladeros que subían desde el Mosela hasta la meseta, lo cual fué hijo tal vez de una negligencia ó tal vez del convencimiento de que á ello atenderían los jefes secundarios (3). Bazaine, aunque sin la menor confianza, se resignó á proseguir el movimiento convenido y por la noche envió á los comandantes de cuerpo una orden concebida en los siguientes términos: «Las tropas comerán la sopa á las cuatro y estarán dispuestas á ponerse en marcha á las cuatro y media, teniendo ensillados los caballos y desmontadas las tiendas.» Y añadió que los cuerpos 2.º y 6.º serían probablemente atacados y que tenían enfrente treinta mil hombres.

IX

La noche transcurrió muy tranquilamente. Napoleón al fin había decidido su marcha y, al amanecer, los coches de la corte se alinearon delante del cuartel imperial. Los dragones y los lanceros de la brigada de France estaban ya montados y dispuestos á acompañar al soberano. Cuando el monarca iba á partir, Bazaine, que había dormido en la casa de correos, acudió para despedirse de él. El emperador, que parecía sufrir mucho y estaba sumamente abatido, recomendó al mariscal en breves palabras que se pusiera en marcha para Verdún y Chalóns. Estando ya infestada de enemigos la calzada de Mars-la-Tour, emprendióse la otra carretera que parecía más segura, y por el camino el emperador, impaciente por ir más de prisa, despidió á los dragones y tomó al general du Barail los cazadores de Africa de la brigada Marguerite, continuando entonces el viaje con mayor rapidez. En Etain hizose una corta parada y desde allí el príncipe imperial, sea que le hubiesen ocultado la verdad, sea que existiera algún motivo ignorado de esperanza, telegrafió á la emperatriz estas palabras dolorosas en medio de su ilusión: «Todo va perfectísimamente.»

Desde aquel momento Bazaine se encontraba solo.

(1) Bazaine, *Episodes de l'armée du Rhin*.

(2) Notas del mariscal Lebœuf, despacho del mariscal Bazaine al mariscal Lebœuf (*Revue d'histoire*, julio de 1903, págs. 186 y 199).

(3) *Procès Bazaine*, interrogatorio (audiencia del 13 de octubre de 1873).

Se ha afirmado que expresó en términos inequívocos la alegría que le causaba su emancipación, lo cual es muy probable tratándose de la manifestación de un sentimiento profundamente humano. Para el imperio, para Francia, una sola cosa importaba, á saber, el uso que el mariscal haría de su completa libertad.

Desde que amaneció, animáronse los campamentos, y según disponía la orden de la víspera, las tropas estaban preparadas para ponerse en marcha. Los alemanes, obligados á salir de los barrancos por fracciones, habían de ser muy vulnerables mientras no hubiesen llevado el grueso de sus fuerzas á la meseta; de aquí que Bazaine dispusiera de algunas horas preciosas durante las cuales tendría la superioridad numérica, horas que no habían ya de volver si las dejaba pasar. Los propios prusianos confesaron posteriormente su pasajera inferioridad. Pero en esto como en todo se vió la influencia desastrosa de la mala preparación inicial; en efecto, faltaba todo el 4.º cuerpo, que se había quedado en Metz, y el 3.º, que se hallaba en parte en las inmediaciones de Verneville, esperaba todavía dos de sus divisiones, en vista de lo cual el mariscal Lebœuf insistió para que se suspendiera la marcha hasta tanto que hubiesen llegado las fracciones rezagadas (4). Así parecía aconsejarlo la prudencia; pero en realidad el tiempo, que aumentaría nuestros recursos, aumentaría mucho más los del enemigo. Con las fuerzas inmediatamente disponibles, es decir, con el 2.º cuerpo, el 6.º, la guardia, la artillería y las divisiones de caballería, Bazaine tenía á sus órdenes cerca de ochenta mil hombres, es decir, los suficientes para rechazar al adversario y proseguir el camino por terreno desembarazado. A todo esto llegaron varios informes que robustecían la opinión de Lebœuf: un oficial de Estado mayor, que había sido enviado á Canrobert y á Frossard, volvió con la noticia de que la división Fortón no había sido molestada; que la aldea de Tronville, ocupada el día antes por el enemigo, había sido, según se decía, evacuada; y que según el testimonio de un hombre que venía de Gorze, sólo había en este último punto dos ó tres mil prusianos (5). El comandante de una compañía de exploradores comunicó asimismo que sus soldados habían registrado los bosques y los barrancos, sin encontrar en ellos un solo soldado alemán (6). Estos informes eran tranquilizadores y nadie cuidó de comprobarlos. Bazaine había revocado ya la orden del día anterior en el sentido de que el ejército se detuviese el tiempo suficiente para ponerse en contacto con el 3.º cuerpo y también con el 4.º y no se pudiese en marcha hasta la tarde.

En su consecuencia, armáronse nuevamente las tiendas, los caballos fueron desensillados y los carros desenganchados, y los soldados, un tanto sorprendidos, pues estaban preparados para la etapa ó para la batalla, se dispusieron á gozar de un descanso que no esperaban. A todo esto un oficial de infantería que acompañado de algunos hombres había practicado un reconocimiento, volvió diciendo que había visto grandes destacamentos prusianos cerca de Tronville; pero por desgracia aquel aviso fué desoído, mientras el enemigo que los

(4) *Lettre du maréchal Lebœuf au maréchal Bazaine* (*Revue d'histoire*, julio de 1903, pág. 200).

(5) *Revue d'histoire*, septiembre de 1903, pág. 629.

(6) General Jarras, *Souvenirs*, págs. 103 y 104.

franceses se empeñaban en no ver continuaba el movimiento empezado cuatro días antes, y disimulando á nuestras miradas su aproximación, iba subiendo hacia donde los nuestros estaban.

X

Después de la escaramuza de la víspera, el general de Rheinbaden, comandante de la 5.ª división de caballería, había distribuido sus tres brigadas, las de Barby, Bedow y Redern, entre Xonville, Suzemont y Puxieux. En la mañana del 16 había recibido del comandante del X.º cuerpo, que estaba en Thiaucourt, la orden de intentar un fuerte reconocimiento hacia los campamentos franceses y de aprovechar «cualquier ocasión favorable para atacar.» A las seis los húsares de la brigada Redern se habían reunido en un torrente situado al Oeste de Puxieux, acompañados de las dos baterías de la división, á las que debían juntarse más tarde otras dos procedentes del X.º cuerpo. A las ocho y media se pusieron en marcha, y disimulando sus movimientos llegaron primeramente á Tronville, situando en una altura que se elevaba al Oeste de la aldea primero una batería y en seguida una segunda y una tercera, que inmediatamente rompieron el fuego, desde corta distancia, contra los campamentos de la brigada Murat (1).

Eran las nueve y cuarto. En nuestros vivaques reinaba la más completa calma; los soldados hacían el rancho ó comenzaban á comer; otros limpiaban sus efectos; los caballos habían sido desensillados y muchos de ellos conducidos á los abrevaderos. De pronto algunos jinetes dieron la voz de alarma y en el mismo instante estallaron las granadas.

Vionville estaba obstruida por los carros de víveres y de bagajes guiados por paisanos, los cuales, al oír las primeras detonaciones, perdieron la serenidad y al trote largo de sus bestias retrocedieron hacia el Este, y atropellándolo todo en su carrera, atravesaron los campamentos de caballería, llegaron á los vivaques del 2.º cuerpo y sembraron por doquiera el pánico. Otros volcaron sus carros en las cunetas de la calzada y se agazaparon en las zanjas ó huyeron á todo correr hasta Rezonville y aun hasta Gravelotte. Los nuestros consiguieron situar en batería tres ó cuatro piezas, y los oficiales, haciendo las veces de artilleros, hicieron algunos disparos; pero muy pronto hubieron de replegarse (2). Sorprendidos en plena seguridad, impresionados por los gritos de terror de los carreteros, los dragones de la brigada de Murat se juntaron lo mejor que pudieron y retirándose hacia donde estaban los coraceros de la brigada Gramont los hicieron retroceder á su vez. Como el retroceso se hizo contagioso, los cazadores y los dragones de la división Valabregue (3) fueron arrastrados en la retirada y toda aquella masa refluyó en las líneas de infantería, no sin provocar en ellas algún desorden.

Un ataque tan violento como aquél revelaba en los agresores más ardor que prudencia. Cuando las exhortaciones de los oficiales y una reacción de serenidad

(1) 1.ª brigada de la división de Fortón.

(2) *Historique des 7.º et 8.º batteries du 20.º régiment d'artillerie*.

(3) División de caballería del 2.º cuerpo

hubieron contenido aquel principio de pánico, se organizó la resistencia: en una pequeña eminencia situada delante de Rezonville instaláronse dos de nuestras baterías divisionarias, reforzadas muy pronto por una tercera; engancháronse las baterías de la reserva; y el 12.º batallón de cazadores, que, en virtud de un aviso del general Bataille, había empuñado ya las armas, deslizóse hasta la aldea de Vionville, evacuada poco antes por nuestra caballería, y volvió á ocuparla sin disparar un tiro. Los artilleros prusianos, expuestos á nuestras granadas y fusilados además por los cazadores que estaban emboscados en las casas, dispararon más lentamente y acabaron por retirar sus piezas. La caballería también desapareció.

Aquello no era más que el comienzo de la gran jornada. Mientras aquella fuerte alarma sacudía bruscamente nuestra imprevisión, Alvensleben con el III.º cuerpo subía hacia nuestras posiciones. Ya hemos visto el ardor impaciente que impulsaba á este general á anticiparse y hasta á excederse á las órdenes del príncipe Federico Carlos. Mandaba los contingentes de Brandeburgo, tropas sólidas como las que más y acostumbradas desde antigua fecha á la disciplina prusiana. Durante la tarde y la noche de la víspera había pasado el Mosela, y en la mañana del 16 consideró que todo estaba á punto para emprender la ofensiva: disponía, además de su cuerpo de ejército, de la 6.ª división de caballería, y de sus dos divisiones de infantería había enviado una, la 6.ª, mandada por el general Buddenbrock, á la carretera de Mars-la-Tour, por Onville y Buxieres, y la otra, la 5.ª, que tenía por jefe al general Stülpnagel, á Vionville pasando por Gorze. En el momento en que los húsares de Redern comenzaban su ataque, las vanguardias de Stülpnagel, á las órdenes del general Döring, acababan de salir de Gorze y sólo distaban tres ó cuatro kilómetros de nuestros campamentos. ¿Cuáles eran las fuerzas de los franceses? Alvensleben no lo sabía á punto fijo, pero de todos modos empeñaría el combate con la doble confianza que le infundían el valor de sus tropas y las precedentes victorias.

Ya conocemos los lugares en que iba á operar el III.º cuerpo. Entre Rezonville y Vionville, la calzada de Verdún extiéndese en línea recta de Este á Oeste (4); al Norte de la misma, la meseta se prolonga hasta una *via romana*, distante un kilómetro y arrimada al bosque Pierrot y al de Saint-Marcel; al Sur del camino, la meseta está cortada por barrancos que descienden hacia los bosques, que son, de Este á Oeste, el de Saint-Arnould, continuación del de los Oignons, el de Vionville y finalmente el de Gaumont. Al Sur de Rezonville destácase una granja, visible desde muy lejos, que se denomina la *Maison Blanche*; y al Sudeste de Vionville aparece, en un repliegue del terreno, el pequeño caserío de Flavigny.

El ataque de Redern, al provocar en nosotros cierta sorpresa, nos había puesto siquiera en guardia, así es que todo el 2.º cuerpo estaba sobre las armas: un batallón del 23.º de infantería entraba en Vionville, ocupada ya por los cazadores de á pie; el resto de la división Bataille se distribuía en las inmediaciones de Flavigny,

(4) Véase el mapa intercalado en la pág. 302.